

Crónicas de la Era Lunar

LOS ARGENTINOS

Por PABLO DE LA HIGUERA

Ya mismo la máquina se me echa a temblar al recibir semejante tema en el rodillo. Tema trascendente y universal si los hay. ¡Los Argentinos! Perdón por esta "A" provocadora, pero es que hay que escribirlos con mayúscula, como Dios, porque, como Dios, están en todas partes. Como Dios y como los gallegos. Aunque —y esto es lo grave— sin la invisibilidad de Dios y sin el eterno complejillo de los gallegos.

Todo empezó con el San Lorenzo de Almagro. La gira europea del San Lorenzo de Almagro fue, sin que nadie lo sospechara por entonces, el aldabonazo anunciador de la gesta conquistadora argentina en todas las canchas del viejo mundo, deportivas y no deportivas. Ya los trenos de Gardel, antes, y de Libertad Lamarque, después, debieron haber infundido sospechas. Y la señal de alarma debería haber sonado con estridencia cuando Alfredo Di Stéfano hizo trotar durante años a todo un equipo de fútbol a su ritmo de gaucho desbocado. Pero nada de eso. En vez de alarmarse, la gente se maravilló, sin que se le pasara ni remotamente por la cabeza que, desde ya, se estaba abriendo las puertas de par en par a las legiones de pibes que invadirían con su voz melódica y su sonrisa tierna y triunfal los predios movidizos del arte, de la cultura y de las pantallas televisivas. Fue una invasión incruenta, delicada incluso, una operación suave y envolvente, sonriente y sentimental, pero arrolladora e implacable como un tango justiciero. El viejo mundo ni se enteró siquiera. El viejo mundo, simplemente, se había quedado extasiado, embobado, ché, escuchando al gentil invasor: "Buenos Aires... Mendosa... Mar del Plata... Borges...". El viejo mundo se derretía como un enano oyendo la música... Buenos Aires... El Obelisco... Y es que hay que ver cómo dice esto un Argentino. Si todavía queda un ciudadano español que no ha oído hablar a un Argentino, que se apresure a colmar inmediatamente tan imperdonable laguna. Si, por alguna grave deformación congénita, es alérgico a la televisión, que haga una visita a Madrid o a París. Allí están.

Pululan, efectivamente, en las ciudades-fantasma, en las ciudades truculentas de los "diletantes" geniales, en el heterogéneo caldo de cultivo de vagos mun-

dos futuros. Estetillas habilitados y hasta osados, esculpiran, dibujan, decoran, escenifican, audiovisualizan, peliclean, hacen entrevistas a Arafat, hacen la revolución en la UNESCO, están metidos en lo de los trasplantes de corazón y, si todavía no son astronautas, alguno debe de haber manipulado los aparatos de control de Houston. No es concebible que haya un organismo de la envergadura de la NASA que pueda funcionar sin ellos.

Es una mafia blanca, etérea, bondadosa, discreta, pero tenazmente operacional. Los más jovencitos y más iluminados han cruzado presurosamente el Atlántico para venir a explicar a los dramaturgos de Europa lo que, en realidad, querían decir, y sacarle así de su error. Han conseguido imponer a Borges a la izquierda intelectual europea, por encima y por debajo de toda consideración ideológica, y ya había que afinar. Hace falta toda la frigididad de témpano de la Academia sueca para resistirse año tras año a darle el Nobel a Borges, sabiendo que es Argentino.

¿Los estudiantes? "Pero, viejo, qué desís, si nosotros ya hisimos la revolución en Córdoba en el año diesiocho...". Con todo, por solidaridad, se sumaron al Mayo francés. Fue la suya una revolución educadita y bien organizada, una revolución desente, viejo, como debe ser. Había que ver lo limpio y bien arreglado que tenían el Colegio Argentino de la Ciudad Universitaria de París, en aquellos días. Macanudo, ché. Ni una sola palabra fea en la pared, no más. Ustedes no vais a compará con lo que pasaba en el vuestro, un poco más abajo...

¡Los Argentinos! América descubierta se nos viene encima como un bumerang, y ellos, los Argentinos, son el contrapunto espiritual y necesario a la neobarbarie funcional y electrónica con que nos redimen los americanos de arriba.

¿Tenés plata, viejo? "Buena, me queda muy poca plata...". No importa. Con plata o sin plata, ahí está, con su fabulosa idea en la cabeza, dispuesto a camelarse al ministro del ramo si es preciso, con su platicar causado y esa sonrisa apenas persuasiva, como excusándose, ese estilo un poco antiguo de últimos señoritos de un mundo que ha perdido el señorío... ¿Correcto, viejo? Correcto. Son la repampanocha.

Camboya

EL GUIÑO DE JACOB MALIX

¿Será partido de nuevo el Vietnam en una tercera conferencia de Ginebra?

Hace un mes, los servicios especiales americanos derrocaban a Sihanouk. Esto hizo decir a un viejo diplomático norteamericano: «Con victorias de este tipo, las derrotas se vuelven superfluas». No obstante, ha habido alegría en la Casa Blanca, en el Departamento de Estado y en el Pentágono por la operación: si en Laos la situación sigue siendo preocupante, al menos en Camboya la cosa se arregla. Pero no ha tenido que pasar mucho tiempo para darse cuenta

la opinión mundial al masacrar civiles y pedir ayuda a los americanos. Y esto, en el momento en que los imperativos electorales exigen a Nixon que reduzca los efectivos americanos en el Sudeste asiático.

Para salvar al Gobierno de Pnom Penh sería preciso destinar tropas americanas o, al menos, sudvietnamitas y tailandesas, apoyadas por los «B-52»; habría que enterrar la política de descompromiso elaborada en Guam. El hermoso optimismo atribuido a Washington hace quince días había sido rápidamente sustituido por un enorme pesimismo. Nixon sabe que la escalada le convertiría en un «one term



A Nixon —imperativos electorales— le interesa reducir efectivos en el Sudeste asiático.

de que no ha sido a los vietcongs a los que la CIA ha jugado una mala pasada, sino al propio Nixon. Con el éxito del «putsch» proamericano, aquella ha conseguido una victoria pírrica.

Después de las dificultades primeras (especialmente de tipo táctico), los vietcongs se han fortificado en sus posiciones, prosiguiendo sus operaciones en Vietnam del Sur y desbaratando la operación camboyana organizada contra ellos. Por otra parte, los khmers «rojos» se han organizado rápidamente; han demostrado que poseen una infraestructura mucho más sólida de lo que había supuesto la CIA. Por su parte, el nuevo régimen camboyano se ha enfrentado con

President» (un Presidente que no sería reelegido para un segundo mandato). El ejemplo de Johnson no le permite dudar de ello. Pero de aquí a «malvender el imperio» hay un abismo...

Una repentina y providencial tabla de salvación apareció el 23 de abril. Durante una conferencia de prensa celebrada en las Naciones Unidas, el delegado soviético, Jacob Malik, declaraba de un modo aparentemente fortuito «que solamente una nueva conferencia de Ginebra podría traer una solución y reducir la tensión en Indochina». Una propuesta idéntica no había provocado reacción alguna en Washington dos semanas antes. Pero ahora se trataba del propio Malik, cuyas

Después del incidente Goldman

AGRAVAMIENTO DE LA TENSION EN ORIENTE MEDIO

Por PIERRE MENDES-FRANCE

Se prolonga, es decir, se agrava la tensión en Oriente Medio. Cada vez son más débiles los factores de distensión y cada vez más rígidas las posturas por ambas partes. Aumenta la inflexibilidad, la obstinación. Es posible que algunos pudieran pensar que el tiempo transcurrido jugaba, de hecho, a favor de una especie de estabilización o de paz. Hoy podemos comprobar que no se trataba sino de una ilusión peligrosa: en cualquier momento puede producirse un acontecimiento que vuelva a prender la mecha (y esta vez les resultaría difícil a los dos supergrandes no verse directamente implicados). Lo que sorprende es que no se haya producido esto ya.

Durante siglos, Oriente Medio ha sido el escenario de las rivalidades de unas cuantas potencias mundiales que tienen intereses allí y aliados y que no hacen más que multiplicar sus maniobras. No es esta la única causa del drama actual, aunque sí una de las más importantes. Los pueblos de la zona deberían haber comprendido hace tiempo que una paz duradera, fundada en su único y exclusivo provecho, sólo puede salir de acuerdos entre ellos mismos realizados al margen de las intrigas y empresas originadas en el exterior, contra las cuales deberían haberse rebelado: En este sentido, los israelíes tenían razón al declararse partidarios de un diálogo directo, pero se equivocaron al exigirlo en términos categóricos que ofendieron la susceptibilidad de las masas árabes después de la guerra de los Seis Días, permitiendo a los jefes árabes que se negaran a negociar, para remitirse, por último, a arreglos elaborados, una vez más, por terceros nada objetivos. Ahora bien, hoy

como ayer, ninguno de los cuatro grandes aborda los problemas del Oriente Medio sin segundas intenciones y todos, sin excepción, persiguen ventajas políticas, militares, petrolíferas, etc. Además, por esas mismas razones prefieren hacer el juego a los Estados árabes, con los que están ligados mediante acuerdos a veces inconfesables, antes que reconocer una realidad palestina que no representa ni explica auténticamente ninguno de los gobiernos en el poder. Sólo que estos últimos se ven obligados a tener en cuenta las opiniones públicas de sus pueblos respectivos, muy influidos por las organizaciones palestinas; los fanatismos y los odios se exacerban. Este círculo vicioso dura ya tres años casi.

En estas condiciones, las discusiones que tienen lugar en Nueva York entre Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Francia no pueden conducir a ninguna solución auténtica. Sin duda, esos gobiernos tratan de impedir que los países de la región «cometan tonterías demasiado graves». Pero, salvo que se produzca alguna novedad, no están capacitados (aunque probablemente tampoco se lo propongan) para imponerles compromisos. ¿Cómo iban a hacerlo, si persiguen objetivos propios, divergentes o contradictorios entre sí y no se preocupan apenas de los verdaderos intereses de los pueblos en conflicto? En verdad, aunque se llegase por esa vía a algún acuerdo inevitablemente equívoco, no se trataría más que de una componente ambigua y provisional que estaría amenazada, desde el primer instante, por la persistencia de los rencores, de los complejos y de las segundas intenciones.

Hay que escapar de este callejón



sin salida, y es el gobierno de Jerusalén quien debe tomar la iniciativa, sobre todo después del muy molesto incidente Goldman. Los jefes de Estado árabes no están capacitados para ello, entre otras cosas debido a la situación más o menos caótica de sus Estados y a sus rencillas, y tampoco hay ninguna autoridad central palestina que pueda dar ese primer paso. Pero Israel puede dirigirse a ellos públicamente, darles a entender sin equívoco posible que, contrariamente a ciertas campañas, sus únicos objetivos son la paz y la seguridad, así como refutar energicamente las acusaciones de imperialismo y anexionismo que tan a menudo se le hacen, y proclamar su voluntad de dejar a todas las poblaciones del Oriente Medio que fijen libremente su destino. De ese modo, habría por fin una esperanza de paz y no sólo para las masas árabes, sino para el mundo entero; de ese modo, también podrían afrontarse obstáculos concretos dentro de un clima nuevo y según procedimientos que inventará fácilmente la ingeniosidad

oriental en cuanto cada una de las partes en litigio salve las apariencias.

Claro está que quedarán por resolver las causas de litigio. Cuando se las examina de cerca y se toma nota de las posturas de unos y otros, se llega a la conclusión de que muchos de estos problemas no son insuperables, mientras que otros pueden dar lugar a honrosas transacciones. Pero es preciso que, por vez primera, los deseos y las posibilidades de paz consigan desmentir a los pesimistas, a los que no ven otra salida que la guerra a corto o largo plazo.

Son necesarias unas maniobras políticas muy claras para descongestionar una situación envenenada, y mostrar a todo el mundo que, después de tantos sufrimientos y miserias, ha sonado, por fin, la hora de la razón. Hace falta reforzar el campo, donde hoy tanto cunde el desánimo, de todos los que, a un lado u otro, desean encontrar una solución. ■ P. M.-F.

Copyright © 1970. Agence Laure Forestier-TRIUNFO.

fortuitas declaraciones habían anunciado en dos ocasiones el deseo soviético de llegar a un compromiso (durante el bloqueo de Berlín y durante la guerra de Corea).

Inmediatamente se prepara el combate diplomático en Washington. Rogers encarga a Yost que intente descubrir las intenciones reales de Malik. Los americanos, por su parte, hacen votos para la «vuelta a Ginebra». «La comunidad internacional debería tener un papel más importante y, en el contexto de los acuerdos de Ginebra de 1954 (que no firmaron los americanos) y de 1962, propugnar la preparación de una negociación», dice Rogers. Por su parte, Nixon escribe a todos los firmantes del Tratado

de 1962 para «pedirles su consejo».

Una conferencia presentaría, evidentemente, para los americanos la ventaja de «congelar», en Laos y en Camboya, una situación en trance de volverse desastrosa. Pero, casi inmediatamente, Malik da marcha atrás: «Una nueva conferencia de Ginebra no sería, en el fondo, nada realista en el momento actual». De hecho, para salir del callejón sin salida norvietnamita, los soviéticos exigen, ante todo, un «gesto» de los americanos.

El lunes, Nixon se decide. Anuncia la retirada de ciento cincuenta mil soldados americanos en el curso de los doce próximos meses, pero, sobre todo, desliza imperceptiblemente en su discurso el primer

ofrecimiento serio hecho a Hanoi desde el comienzo de las hostilidades: en términos apenas velados propone una partición del Vietnam del Sur. No es que convide a los vietcongs a representar el juego de los repartos, sino que se resigna a aceptar una situación que, de hecho, refleje la participación real de fuerzas en el país. La retirada de estos ciento cincuenta mil hombres no es más que una maniobra urdida para ganar tiempo. Pero el ofrecimiento de una partición territorial del Vietnam del Sur, realizada como una labor de filigrana, que se traduciría en una extensión del Vietnam del Norte hasta el paralelo 14, 13 ó 12 (al término, claro está, de serias

negociaciones), puede llegar a conmover a los tres supergrandes que hasta ahora se dan cita en la cuestión vietnamita.

En efecto, ciertos indicios (Pekín no ha denunciado la proposición francesa ni ha protestado contra las propuestas de Malik) hacen creer que China desearía, para Camboya y Laos, soluciones de neutralidad y quisiera que la paz se restableciese en Indochina lo más rápidamente posible. Su razón es, naturalmente, la misma que mueve a los soviéticos a consolidar sus retaguardias en la Europa oriental.

En ambos casos se trata de ganar movilidad para el gran afrontamiento siberiano. Por otra parte,



Sesenta y ocho gramos de Luna

En el salón de actos del Instituto de Investigaciones Científicas, en Madrid, se expone una porcelón de roca lunar —sesenta y ocho gramos—, que trajo la expedición del «Apolo XI».

desde hace cerca de dos meses, en Washington se halla en curso una negociación «global» ultrasecreta entre Rogers y Dobrynine. Soviéticos y americanos tratarían de desembarazarse mutuamente (en la medida de lo posible) de los cenagales de Indochina y del Próximo Oriente; intentarían llevar tanto a los norvietnamitas como a los israelíes por el camino de las concesiones y de la negociación. ¿Acaso no obligaron los americanos, en 1956, a Israel a que arrojara lastre? ¿Y los soviéticos, en 1954, a Ho-Chi-Minh, en Ginebra, a contentarse con una semivictoria?

Esta conjunción de intereses entre los grandes, ¿no podría, en fin de cuentas, desembocar en un re-

glamento que obligara eventualmente a los norvietnamitas y vietcongs a renunciar a liberar totalmente su país (podrían, se les dirá, reanudar la lucha dentro de diez o veinte años)? Los vietnamitas no escucharán, ciertamente, estos «prudentes» consejos sin amargura, y nada hace presagiar que hayan de plegarse, dejándose «manejar» por segunda vez por sus grandes aliados. Mientras, se espera en Washington febrilmente los alientos de Moscú o de Pekín para un «nuevo Ginebra». Y se gana tiempo, enviando a las tropas del general camboyano Lon Nol algunos fusiles chinos tomados a los vietcongs por los vietnamitas. ■ LOUIS WITNITZER.

PABLO VI Y LA TORTURA

En el decurso de una audiencia en que intervenían numerosos peregrinos, Pablo VI les ha expuesto largamente los principales «motivos de dolor» que le llegan de los acontecimientos actuales. Concretamente ha declarado: «No podemos por menos que deplorar y desear que, por el honor mismo de naciones que nos son tan caras, los hechos desmientan los casos de tor-

turas policiales que les son atribuidos. Mucho se ha hablado de esto y Nos mismo, no sin alimentar cierta positiva esperanza, hemos intervenido como se debía».

Según determinados comentarios oficiosos, Pablo VI, al evocar las torturas policiales entre sus más agudos «motivos de dolor», se refería al Brasil, aunque también, quizá, a otros países católicos, como, por ejemplo, Argentina.

HABLE USTED EUSKERA

Decía Melchor de Santa Cruz, clásico castellano del siglo XVI, en su «Floresta española de Apotegmas», que un vizcaíno que quiso decir que estaba bueno el pescado en escabeche dijo que le habían sabido bien «los peces en azabache». Otro que quiso encarecer un gallo que había comido, dijo: «Gallina macho, bien me supo». En otra ocasión, cuenta don Melchor, un funcionario pesquisidor leyó, en la plaza de un pueblo de Vizcaya, una

provisión, y, al recitar los títulos del Rey de España, dijo: «De Castilla, de León, de Aragón, etcétera». Los vizcaínos que le rodeaban dijeron: «Rey y Reina obedecemos, etcétera no conocemos». En otro caso de los que cuenta, un caballero que tenía que enviar un recado a una señora preguntó a sus criados: «¿Cuál de vosotros irá que sepa decir lo que yo le mandare?». Dijo un vizcaíno: «Yo, señor». Respon-

dió el amo: «No es cosa que vayas tú, que es menester hablar con eficacia». Y añade Santa Cruz: «Pensando el vizcaíno que eficacia era algún señor de mucha calidad, se ofreció a ir diciendo: «¿Hablar con eficacia? Y aun con diabla que sea»».

El autor de la «Floresta», al recoger los apotegmas o chistes de su época, en el capítulo «De vizcaínos» nos transmitía, quizá sin quererlo, la tragedia íntima —incomprensible y cómica vista desde fuera— de un pueblo a quien la Historia privó del derecho elemental, mínimo, a hablar su lengua. El Fuero de Vizcaya, que fue recopilado igualmente en el siglo XVI, se escribió en idioma castellano y nunca fue traducido. Y cuando los representantes de las distintas demarcaciones del país vasco se reunían en la Junta de Guernica, el vascuence quedaba excluido de los debates, dándose el caso de que los representantes tuvieran que llevar sus intérpretes para que les tradujeran ante los demás representantes, vascos como ellos, que asistían a la Junta. Idioma primitivo, verdadero tesoro lingüístico único en el mundo, se fue perdiendo progresivamente en las ciudades, y quedó relegado a las aldeas y a los caseríos, donde se conservó una literatura y una poesía eminentemente oral, raras veces escrita. Desprestigiado, por aldeano, arrastró una existencia miserable ante la creciente influencia del idioma castellano. Me contaban, estos días de mi estancia en Bilbao, varios episodios del aplastamiento del vascuence, pero ninguno me impresionó tanto como este que aquí refiero, sin que me haya sido posible comprobar su autenticidad histórica. Y es que el Rey Sancho García de Navarra no se llamaba Sancho sino Urko, y el nombre de Sancho García se lo inventaron después de su muerte los cronistas castellanos, sin que el buen Urko llegara a enterarse del escamoteo de su nombre.

Una «Floresta» actual de apotegmas o chistes españoles tendría que recoger todavía un capítulo «de vizcaínos», pues, aun en nuestros días, la forma de hablar o el acento de los vascos, como también de los catalanes o gallegos, son a menudo tomados a chacota, de una forma sin duda inocente, por la gente española. Y es que cuando un vasco, y especialmente un aldeano vasco, habla el castellano, está hablando un idioma que no es completamente el suyo. Digo «completamente» porque, en un país que ha dado algunos de los mejores escritores españoles, no se puede decir que el español sea hoy una lengua foránea. Es, sencillamente, un país bilingüe. La pretensión de imponer un monolingüístico en el país vasco, y algo parecido podría decirse de Cataluña o de Galicia, sería ahora tan extrema como desafortunada.

Es sobre esta base bilingüe que parece haberse concebido el movimiento de las llamadas «Ikastolas», o más correctamente, en plural, «Ikastolak», palabra vascuence que significa simplemente «escuela». Movimiento auténticamente espontá-

neo que no está dirigido o planificado desde arriba, sino surgido de abajo ante el creciente sentimiento de la necesidad de la recuperación de la lengua, las «Ikastolas» funcionan, no sin trabajos y tribulaciones económicas, de una manera un tanto anárquica o, mejor dicho, romántica. En muchas de ellas se concede un cincuenta por ciento de becas, y a los niños que no pueden pagar todo el estipendio se les permite que paguen lo que puedan. Las madres de los alumnos se obligan en muchos casos a prestar su ayuda a la escuela por turnos, participando activamente en la enseñanza. En las «Ikastolas» se imparte la enseñanza no sólo del vascuence, sino de todas las materias que se dan en los demás colegios o en los centros oficiales, con la diferencia de que se enseña, también, en vascuence. La fórmula empleada es enseñar a los niños, hasta los seis años, exclusivamente en euskera, y a partir de los seis años, en euskera y castellano, de manera que lleguen a dominar ambas lenguas en todas las asignaturas del programa.

Guipúzcoa lleva la delantera sobre Vizcaya en el movimiento de las «Ikastolas» de nuestra época, pues se inició hace dieciséis años en San Sebastián y sólo doce en Bilbao. Hoy existen 67 «Ikastolas» en Guipúzcoa, contra 32 en Vizcaya y un número sensiblemente inferior en Alava y en Navarra. Se calcula que tres mil niños vizcaínos reciben enseñanza en las «Ikastolas». No son pocos, por otra parte, los colegios religiosos o particulares que han comenzado a incluir el vascuence entre sus asignaturas.

El interés que parece despertar en nuestros días la cultura vasca —lo decía hace unas semanas a propósito de la Semana de Antropología— es evidente. Cada vez es mayor el número de familias que hablan vascuence en casa. Numerosos adultos asisten a cursos de euskera para recuperar la lengua que aprendieron de niños y luego olvidaron. Empezan a producirse un fenómeno que en Cataluña adquiere ya proporciones considerables. Y es que los inmigrantes, a los que se conoce en vascuence por «make-tos», empiezan a interesarse, tímidamente, por el idioma del país en que trabajan. Esto va paralelo también con el progresivo abandono, por parte de una inmensa mayoría de los vascos, de ese sentimiento de superioridad racial que podía reprocharse justamente a los movimientos nacionalistas del pasado. Y, sobre todo, va ganando terreno la idea de que, al recuperar el vascuence, se recupera también algo del primitivo espíritu del pueblo vasco, igualitario, llano y democrático, frente a la alta burguesía madrileñizada, rudamente «españolista», que no ha sabido o no ha querido estar a la altura de lo que de ella se exigía. Por lo demás, el euskotarra, es decir, el vasco que no habla vascuence, va siendo, lentamente, sustituido por el euskeldin, es decir, el que lo posee y lo domina. Por todo ello es hoy ya grato decir, en recomendación amigable: «Euzkeraz itz egizu» («Hable usted euskera»). ■ LUIS CARANDELL.